

Una «casita blanca», en la que se servía de comer, pero no bebidas alcohólicas, llamó mi atención y entré en ella. Muchos aldeanos, sentados en torno de pequeñas mesas cubiertas de blancas servilletas, tomaban el te; yo seguí su ejemplo.

Allí todo resultaba nuevo para mí. Era un pueblo de campesinos de la Corona, esto es, gentes que no habían sido siervos y disfrutaban de un relativo bienestar, tal vez debido al tejido á mano que cultivaban como industria doméstica. Conversaciones serias y reposadas, interrumpidas aquí y allá por franca risa, se mantenían entre los concurrentes, y después de las fórmulas de introducción usuales, pronto me vi enredado en una conversación con una docena de aldeanos sobre el estado de la cosecha en nuestro terreno y otro sin fin de cosas. Deseaban saber todo lo referente á San Petersburgo, y particularmente lo relativo al rumor de la abolición de la servidumbre. Un sentimiento de amor hacia la sencillez y las relaciones naturales de igualdad, así como la buena voluntad y simpatía que he sentido siempre después al hallarme entre los aldeanos ó en sus casas, se despertaron en mí en aquella casa de comidas. Nada extraordinario ocurrió en esa noche, así que, hasta pongo en duda que el incidente sea digno de mención, y, sin embargo, aquella noche calurosa y oscura en el pueblo, aquella pequeña

posada, aquella conversación de los campesinos y el vivo interés que demostraron por un sin fin de cosas que se hallaban mucho más allá de lo que constituía el objeto corriente de sus preocupaciones, han hecho dicha pobre casita blanca más atractiva para mí, desde entonces, que el mejor restautant del mundo.

V

Tiempos tormentosos vinieron para nuestra escuela. Cuando Girardot fué reemplazado, su puesto lo ocupó uno de nuestros oficiales, el capitán B. Era más bien de buen carácter, que de malo; pero se le metió en la cabeza que no era tratado por nosotros con el respeto correspondiente á la alta posición que ahora ocupaba, é intentó imponernos mayor consideración hacia él. Empezó cuestionando por todo con la clase primera, y—lo que en nuestra opinión era aún peor—intentó destruir nuestras «libertades», cuyo origen se perdía en «la noche de los tiempos», y que insignificantes en sí, eran, tal vez por eso mismo, más apreciadas por nosotros.

El resultado de esto fué, que durante varios días la escuela estuvo en completa rebelión, que terminó en castigos generales, y en la expulsión del cuerpo de dos de los pajes favoritos.

Luego el referido capitán empezó á intervenir en la hora que pasábamos todas las mañanas en

la clase preparando nuestras lecciones antes de que llegaran los profesores. Allí nos considerábamos bajo la autoridad de éstos y no de los militares, por lo cual aquello nos causó mucho disgusto; y un día yo expresé en alta voz nuestro descontento, diciéndole que aquel puesto era el del inspector de las clases, no el suyo. Aquella franqueza me costó varias semanas de arresto, y tal vez hubiera sido expulsado de la escuela, á no haber sido porque el mismo inspector, su ayudante, y hasta nuestro viejo director, juzgaron que, después de todo, yo no había hecho más que decir con la boca lo que ellos se decían con el pensamiento.

No bien terminados estos trastornos, la muerte de la emperatriz, viuda de Nicolás I, interrumpió de nuevo nuestro trabajo.

El entierro de las testas coronadas se arregla siempre de tal modo, que impresione profundamente á las masas. El cadáver de la emperatriz fué traído desde Zarkoye Seló, donde había muerto, á San Petersburgo, y aquí, seguido de la familia imperial, todos los altos dignatarios del Estado y muchos miles de funcionarios y corporaciones, y precedido de centenares de curas y coristas, se condujo desde la estación del ferrocarril, á través de las calles principales, á la fortaleza, donde tenía que estar de cuerpo presente varias semanas. Cien mil hombres de la guardia habían sido colocados á lo largo de la

carrera y miles de personas, vestidas con los más vistosos uniformes, precedían, acompañaban y seguían al féretro, formando solemne procesión. En todos los cruces de calles importantes se entonaban responsos; y entonces, el doblar las campanas en las torres de las iglesias, las voces de los vastos coros, y los acordes de las bandas militares se unían de modo bien impresivo, como para hacer creer á las gentes que la inmensa multitud se hallaba verdaderamente de duelo por la pérdida de la emperatriz.

Todo el tiempo que el cadáver estaba de cuerpo presente en la iglesia de la fortaleza, los pajes, entre otros, tenían que dar una guardia de honor noche y día: tres de éstos y tres damas de honor se hallaban siempre cerca del ataúd, que estaba colocado sobre un alto catafalco, en tanto que unos veinte pajes se encontraban estacionados en el coro, en el cual se cantaban letanias, dos veces al día, en presencia del emperador y toda su familia. En su consecuencia, todas las semanas iban alternativamente á la fortaleza, donde permanecían alojados, una mitad del cuerpo: se nos relevaba cada dos horas, y durante el día el servicio no era muy penoso; pero cuando tenía que levantarme de noche, ponerme el uniforme de gala, y dirigirme después caminando por los pasajes oscuros é internos de la fortaleza, hasta llegar á la iglesia, acompañado por el lúgubre tañir de las campanas,

sentía un ligero escalofrío al pensar en los presos que se hallaban sepultados entre los muros de esta Bastilla rusa: «¡quién sabe—me decía yo—, si á mi vez no llegaré también á ser uno de ellos algún día!»

*
* *

Los funerales no terminaron sin un incidente, que pudo haber tenido serias consecuencias. Un inmenso dosel se había erigido bajo la cúpula del templo, sobre el ataúd. Una gran corona dorada le servía de remate, y de ella partía un descomunal manto de púrpura, forrado de armiño, dirigido hacia las cuatro gruesas pilastras que sostenían aquélla. El aspecto de éste impresionaba; pero nosotros los muchachos, pronto descubrimos que la corona era de cartón dorado y de madera; el manto, sólo de terciopelo en su parte inferior, mientras que más arriba, únicamente se encontraba algodón encarnado; y el forro de armiño no era más que una franelilla ó bayeta de algodón, á la que se habían cosido colas de ardillas negras; los escudos que representaban las armas de Rusia, velados por un crespón negro, eran sencillamente de cartón. Pero las muchedumbres, á las que se permitía á ciertas horas de la noche pasar ante el féretro y besar precipitadamente el paño de brocado que lo cubría, es indudable que no tenían tiempo para examinar detenidamente el armiño de

franela ó los escudos de cartón; y el efecto teatral se obtenía, aun por esos medios tan económicos.

Cuando se canta una letania en Rusia, todos los presentes tienen velas de cera encendidas, que deben apagarse después de leídas determinadas oraciones. La familia imperial hacía otro tanto, y un día, el hijo menor del Gran Duque Constantino, al ver que los otros apagaban sus velas volviendo lo de arriba abajo, hizo lo mismo. La gasa negra que caía de un escudo, á su espalda, se incendió, y en un segundo, el escudo y la tela de algodón estaban ardiendo: una inmensa lengua de fuego subía por los pesados pliegues del supuesto manto de armiño.

El servicio religioso se suspendió: todas las miradas se dirigían con terror hacia la lengua de fuego, que seguía más y más avanzando, en dirección á la corona de cartón y la armadura de madera que sostenía todo aquello; empezando á caer pedacitos de tela encendida, que amenazaban prender fuego á los velos negros de las señoras.

Alejandro II sólo perdió la serenidad un momento; pero se repuso en seguida y dijo con voz no alterada: «¡hay que quitar el ataúd!» Los pajes de cámara lo cubrieron con el grueso brocado de oro, y todos avanzamos para levantarlo; pero al mismo tiempo la gran lengua de fuego se había dividido en muchas pequeñas, que

ahora sólo devoraban lentamente la pelusa externa del algodón, y encontrando cada vez más polvo acumulado en la parte superior del dosel, vinieron á morir gradualmente entre sus pliegues.

No puedo decir qué es lo que más cautivaba mi atención: si era el fuego que se extendía, ó las figuras esbeltas y majestuosas de las tres señoras que se encontraban al lado del féretro, tendidas las largas colas de sus negros vestidos sobre los escalones que conducían á la plataforma superior, y sus velos de blondas pendientes de sus hombros. Ninguna había hecho el menor movimiento: parecían tres hermosas imágenes de talla. Sólo en los negros ojos de una de ellas, la señorita Gamaleya, brillaban las lágrimas cual perlas: era hija del Sur de Rusia, y la única verdaderamente hermosa entre las damas de honor de la corte.

En la escuela, todo andaba trastornado: las clases estaban interrumpidas; aquellos de nosotros que volvían de la fortaleza eran alojados en departamentos provisionales, y no teniendo nada que hacer, pasaban todo el día inventando infinitas diabluras. En una de ellas, conseguimos abrir una caja de cartón que contenía espléndida colección de modelos de animales de todas clases, para la enseñanza de la Histosia natural: ese, al menos, era su objeto oficial; pero jamás ni aun nos la habían mostrado; y ahora que se

hallaba en nuestro poder, nos servíamos de ella á nuestro gusto. Con una calavera humana que estaba en la colección, hicimos un fantasma para asustar á los otros compañeros y á los oficiales por la noche. En cuanto á los animales, los colocamos en las más ridículas y extrañas posiciones: monos montados en leones, carneros jugando con leopardos, la girafa bailando con el elefante, y otras cosas por el estilo. Lo peor de todo fué que, algunos días después, uno de los príncipes prusianos, que había venido á asistir á las honras fúnebres (fué, según creo, el que más tarde vino á ser el emperador Federico), visitó el Cuerpo, y se le mostró todo lo concerniente á nuestra educación. Nuestro director no dejó de alabarse de los muchos elementos de enseñanza que teníamos y presentó á su huésped la infortunada caja de cartón. Cuando el príncipe alemán echó una ojeada á nuestra clasificación zoológica, puso muy mala cara y se volvió para otro lado: el director se horrorizó; perdió el uso de la palabra, y no hacía más que señalar repetidas veces con la mano á algunas estrellas de mar que, colocadas en cajas de cristal, pendían de las paredes. El acompañamiento del príncipe aparentó no haber notado nada, echando sólo miradas furtivas á la causa de tal perturbación; mientras que, nosotros, los niños traviesos, hacíamos toda clase de muecas para no soltar la carcajada.

VI

Los años de colegio de un joven ruso son tan diferentes del período correspondiente en las escuelas del Occidente europeo, que debo insistir más aún sobre mi vida de estudiante. Los jóvenes rusos, por regla general, aun cuando estén todavía en un liceo ó en una escuela militar, se interesan ampliamente en cuestiones sociales, políticas y filosóficas. Verdad es que el cuerpo de pajes era de todos los colegios el menos adecuado para tales empresas; pero en aquellos años de renacimiento general, las nuevas ideas penetraron aun hasta allí, conquistándonos á algunos, sin que por eso nos impidieran tomar parte activa en las bromas y juegos propios de nuestra edad.

Estando ya en la clase cuarta, me aficioné á la Historia, y con el auxilio de notas tomadas durante la lección y leyendo todo lo posible, llegué á escribir un curso completo de la primera parte de la historia medioeval, para mi uso particular. Al año siguiente, la lucha entre el Papa Bonifacio VIII y el poder imperial llamó especialmente mi atención, y con tal motivo ambicioné el ser admitido como lector en la Biblioteca Imperial, para poder estudiar tan notable acontecimiento. Pero como esto era contrario al reglamento de la Biblioteca, no admi-

tiéndose á los alumnos de escuelas secundarias, fué necesario que nuestro bueno Herz Becker consiguiera vencer la dificultad, para que yo pudiera, al fin, entrar en el santuario, y tomar asiento, ante una de las pequeñas mesitas destinadas al público, en una de las butacas de terciopelo rojo que entonces formaban parte del mobiliario del salón de lectura.

Gracias á varios libros de texto de allí y algunos de nuestra propia Biblioteca, pronto di con lo que buscaba. A pesar de no saber latín, descubrí, sin embargo, un rico manantial de trabajos originales en el teutón y el francés antiguos, encontrando un inmenso placer estético en la belleza de estructura y expresión del francés antiguo de las crónicas. Toda una nueva composición de la sociedad y todo un mundo de complicadas relaciones se abrieron ante mis ojos; y desde entonces aprendí á apreciar más altamente las fuentes originales de la Historia que las obras de generalizaciones modernizadas, en las que los prejuicios de la política moderna, y aun hasta las meras fórmulas corrientes, substituyen á menudo la verdadera vida del período. No hay nada que dé tanto ímpetu al propio desarrollo intelectual como una investigación independiente de cualquiera clase que sea, y estos estudios míos me fueron más tarde de mucha utilidad.

Desgraciadamente tuve que abandonarlos cuando llegamos á la clase segunda (la penúlti-

ma). Los pajes tenían que estudiar durante los dos últimos años casi todo lo que se enseñaba en otros colegios militares en tres, y el trabajo que había que hacer para la escuela era muy extenso. Las ciencias naturales, las matemáticas y las ciencias militares habían de relegar forzosa-mente la Historia á un segundo término.

*
* * *

En la clase segunda empezamos á estudiar formalmente física: teníamos un excelente maestro, hombre muy inteligente y de carácter jovial, enemigo de que se aprendiera de memoria, y que consiguió el hacernos *pensar*, en vez de aprender meramente á conocer los hechos. Era un buen matemático, y nos enseñó física, tomando como base las matemáticas, explicando magistralmente al mismo tiempo las ideas fundamentales de la investigación científica y de los aparatos de física. Algunas de sus preguntas eran tan originales y tan buenas sus explicaciones, que ellas quedaron grabadas para siempre en mi memoria.

Nuestro libro de texto de física no era malo (la mayoría de los de su clase para las escuelas militares habían sido escritos por los hombres más notables de la época); pero se había quedado algo anticuado, y nuestro profesor, que le gustaba seguir su sistema particular, empezó á preparar un breve sumario de sus lecciones: una

especie de *aide-mémoire*. Sin embargo, á las pocas semanas se arregló la cosa de tal modo, que ese trabajo recayó sobre mí, y nuestro maestro, procediendo como buen pedagogo, depositó en mi tal confianza, que se limitaba á leer las pruebas. Cuando llegamos á los capítulos sobre el calor, la electricidad y el magnetismo, hubo necesidad de escribirlos enteramente de nuevo, con más amplitud, lo cual hice, preparando así, casi por completo, un libro de texto de física que se imprimió para uso de la escuela.

También en esta clase empezamos á estudiar química, y en esto tuvimos igualmente un maestro de primera; un amante apasionado de la ciencia, quien había personalmente hecho investigaciones originales de valor.

Los años 1859-61 lo fueron de renacimiento universal, de predilección por las ciencias exactas; Grave, Clausius, Joule y Seguin, mostraron que el calor y todas la fuerzas físicas no son más que diversas formas del movimiento; Helmholtz empezó por entonces sus investigaciones, que forman época respecto al sonido; Tyndall, en sus conferencias populares, hace que uno toque, si tal puede decirse, los átomos y las moléculas mismas. Gerhardt y Avogadro introdujeron la teoría de las substituciones, y Mendeléeff, Solt-trar Meyer y Necolund descubrieron las leyes periódicas de los elementos; Darwin, con su *Origen de las especies*, revolucionó todas las cien-

cias biológicas; en tanto que Harl Vogt y Mo-ldchott, siguiendo á Claudio Bernard, sentaron las bases de la verdadera psicología en fisiología. Era una época de renacimiento científico, y la corriente que arrastraba las inteligencias hacia las ciencias naturales era irresistible. Muchos libros excelentes se publicaron en aquella época, traducidos al ruso, y pronto comprendí que cualesquiera que fueran los estudios posteriores á que uno se dedicase, un conocimiento completo de las ciencias naturales, y el hallarse familiarizado con sus métodos, debían ser el punto de partida. Cinco ó seis de nosotros nos unimos para hacernos de cualquier clase de laboratorio. Con los aparatos elementales recomendados para los principiantes en el excelente libro de texto de Stöckhardt, inauguramos nuestro laboratorio en un pequeño dormitorio de dos de nuestros compañeros, los hermanos Zasesky; su padre, un antiguo almirante retirado, se complacía en ver á sus hijos ocupados en tan útil empresa, y no se oponía á que nos reuniéramos los domingos, y durante las vacaciones, en aquella habitación, al lado mismo de su estudio. Con el referido libro por guía, hicimos sistemáticamente toda clase de experimentos; debo decir que una vez casi incendiábamos toda la casa, y que más de una envenenamos todas las habitaciones con clorina y otras drogas parecidas. Pero el viejo marino, cuando relatamos la aven-

tura durante la comida, no se incomodó por eso y nos contó que también él, en unión de varios compañeros, por poco no quemaron una casa entretenidos en la menos provechosa ocupación de hacer un ponche; mientras que la madre, por su parte, se contentó con decir, en los momentos que la dejaba libre la tos: «Pero si para aprender tenéis necesidad de manejar esas cosas que huelen tan mal, ¡qué le hemos de hacer!»

Después de comer solía sentarse ella al piano, y hasta ya tarde pasábamos la noche cantando dúos, tercetos y coros de las óperas, ó bien tomábamos la partitura de una de ellas, ya fuera rusa ó italiana, y la dábamos un repaso desde el principio al fin, haciendo la madre y la hija de tiples, mientras que nosotros, mejor ó peor, ejecutábamos todo lo restante. Así la química y la música iban mano á mano.

*
*
*

El estudio de la matemática superior absorbía gran parte de mi tiempo. Varios de nosotros habíamos ya decidido el no entrar en un regimiento de la guardia, en los que se empleaba todo el tiempo en ejercicios y paradas, sino ingresar, una vez promovidos á oficiales, en una de las academias militares, artillería ó ingenieros, á cuyo fin tuvimos que prepararnos en trigonometría, cálculo diferencial y el principio del cálculo integral, para lo cual teníamos repasos

particulares. Al par de esto, como se nos enseñara astronomía elemental, bajo el nombre de geografía matemática, me sumergí en lecturas astronómicas, especialmente el último año de mi estancia en el colegio. La vida incesante del universo, que yo concebía como *vida* y evolución, vino á ser para mí una fuente inagotable de elevados pensamientos prácticos, y gradualmente el concepto de la unidad del hombre con la materia, tanto animada como inanimada; esto es, la poesía de la Naturaleza vino á ser la filosofía que dominó toda mi existencia.

Si los estudios de nuestro colegio se hubieran limitado á las materias referidas, no nos hubiese sobrado el tiempo, seguramente; pero, además, teníamos que aprender historia, leyes, esto es, las líneas principales del código ruso, y economía política en sus principios esenciales, incluyendo un curso de estadística comparada. También necesitábamos dominar formidables cursos de ciencia militar, tácticas, historia militar (las campañas de 1812 y 1815 en todos sus detalles), artillería y fortificación de campaña. Volviendo ahora la vista á semejante programa de estudios, creo que, aparte lo referente á la cuestión militar, que podía ventajosamente haber sido reemplazado por trabajos más completos en las ciencias exactas, la variedad de materias que se nos enseñaba, no traspasaba los límites de lo que puede aprender un joven de una capacidad

corriente. Debido á un regular conocimiento de matemática elemental y física, que adquirimos en las clases inferiores, la mayoría de nosotros podía con el trabajo. En algo nos descuidábamos un poco, especialmente en lo forense, así como en historia moderna, para la cual, desgraciadamente, teníamos un maestro ya inutilizado por los años, á quien sólo se conservaba en su puesto para que pudiera tener opción á todo su retiro. Hay que advertir que se nos daba cierta amplitud en la elección de los asuntos que más nos agradaban, apretándonos bien en sus exámenes; en tanto que, respecto á las otras materias, se nos trataba con benignidad. Sin embargo, la causa principal del buen éxito relativo alcanzado en la escuela, era debido á que se enseñaba del modo más concreto posible. Tan pronto como aprendíamos la geometría elemental en el papel, íbamos á aprenderla al campo con postes y la cadena del agrimensor, y más tarde con la plancheta, la brújula y demás aparatos. Después de tan concreta instrucción, la astronomía elemental no ofrecía dificultad alguna, mientras que el trabajo en sí era un manantial inagotable de entretenimiento.

El mismo sistema de enseñanza concreta se aplicaba á la fortificación. En el invierno se resolvían problemas, como, por ejemplo, el siguiente: Teniendo mil hombres y quince días á vuestra disposición, construir la mejor fortifica-

ción posible, para proteger un puente que ha de servir á un ejército en retirada; discutiendo acaloradamente con el maestro, cada uno en defensa de su proyecto, cuando aquél se permitía criticarlo. En el verano poníamos nuestro conocimiento en práctica. A estos ejercicios campestres atribuyo la facilidad con que la mayoría de nosotros llegamos á dominar tal variedad de materias científicas á la edad de diecisiete ó dieciocho años.

*
**

A pesar de todo esto teníamos bastante tiempo libre para juegos y distracciones; cuando mejor lo pasábamos, era al terminarse los exámenes, que nos dejaban tres ó cuatro semanas en completa libertad, antes de ir al campamento, ó á la vuelta de éste, en cuya época nos daban también tres semanas libres, antes de empezar el curso.

A los pocos que entonces quedaban en el colegio se les permitía, durante las vacaciones, entrar y salir á voluntad, teniendo siempre allí cama y comida. Yo trabajaba en la biblioteca ó visitaba la galería de pintura del Ermitaño, estudiando uno por uno, separadamente, los mejores cuadros de cada escuela, ó bien iba á las fábricas de naipes, algodón, hierro, loza y cristal del Estado que están abiertas al público. Otras veces nos daba por irnos á remar al Neva,

pasando toda la noche en el rio, y otras en el Golfo de Finlandia con los pescadores. Noches melancólicas del Norte, durante las cuales la luz de la aurora viene á mezclarse con los últimos resplandores del crepúsculo de la tarde, y es posible leer un libro al aire libre á media noche: para todo esto hallábamos tiempo de sobra.

Después de mis visitas á las fábricas, me aficioné á la grande y perfecta maquinaria. Viendo de qué modo una garra gigantesca, partiendo de una grúa, se apoderaba de una viga que flotaba en el Neva y la echaba en tierra colocándola bajo la sierra que la convertía en tablas, ó de la manera cómo una gran barra de hierro al rojo blanco es transformada en un raíl, después de haber pasado entre dos cilindros, comprendí la poesía de la maquinaria. En nuestras fábricas actuales, el trabajo mecánico es la muerte para el obrero, porque éste viene á convertirse en el servidor perpetuo de una máquina determinada, y nunca puede llegar á ser nada más. Pero esto es cuestión de mala organización, y no tiene nada que ver con la máquina en sí: exceso de trabajo y eterna monotonía son igualmente perjudiciales, ya se haga el trabajo á mano, con herramientas sencillas, ó á máquina. Aparte, pues, de esto, me imagino perfectamente el placer que al hombre puede reportar la conciencia del poder de su máquina, el inteligente carácter de su trabajo, lo gracioso de sus movimientos y lo co-

recto de lo que hace; y creo que el odio que William Morris profesaba á las máquinas, sólo prueba que la concepción de su poder y gracia faltaba á su gran genio poético.

La música también desempeñó un papel importante en mi desenvolvimiento: de ella obtuve mayor placer y entusiasmo aún que de la poesía. En aquellos tiempos, apenas existía la ópera rusa; pero la italiana, que contaba con buen número de estrellas de primer orden, era la institución más popular de San Petersburgo. Cuando la prima donna Bosio cayó enferma, miles de personas, sobre todo de la juventud, permanecían hasta las altas horas de la noche á las puertas de su hotel, para saber cómo seguía: no era hermosa, pero tanto lo parecía cuando cantaba, que los jóvenes locamente enamorados de ella podían contarse á centenares; y cuando murió se le hizo un entierro como no se recordaba otro igual en San Petersburgo. La capital entera estaba dividida en dos campos: los admiradores de la ópera italiana, y los del gusto francés, que aun entonces empezaba á mostrar en germen la deplorable corriente offenbáquica, que, algunos años más tarde, infestó á toda Europa. Nuestra clase también se hallaba dividida por mitad en estos dos campos, perteneciendo yo al primero. A nosotros no se nos permitía ir al patio del teatro ó á las galerías delanteras, y en cuanto á los palcos, los que no estaban abonados se pedían

hasta con meses de anticipación, mientras que los otros se transmitían en ciertas familias como posesión hereditaria. Los sábados conseguíamos poder ir al gallinero, y allí teníamos que estar de pie en la atmósfera de un baño turco, mientras que, para ocultar los llamativos uniformes, acostumbrábamos á usar nuestros sobretodos negros, que estaban enguatados y tenían cuello de pieles, que manteníamos abotonado, á pesar del calor. Es maravilla que ninguno de nosotros cogiera una neumonía en tales condiciones, saliendo acaloradísimos, no sólo por las causas indicadas, sino además por las ovaciones que solíamos hacer á nuestras constantes favoritas, permaneciendo después á la puerta del vestuario para lanzarles la última mirada y dirigirles una flor. La ópera italiana se hallaba en aquella época, por causas que no son fáciles de explicar, íntimamente unida al movimiento radical, y los recitados revolucionarios de *Guillermo Tell* y *Los Puritanos*, eran siempre recibidos con aplausos atronadores y gritos, que iban derechos al corazón de Alejandro II; en tanto que, en la galería del sexto piso, en el salón de descanso y á la puerta del escenario, la mejor parte de la juventud de San Petersburgo venía á confundirse en un sentimiento común, que semejava á un culto por tan sublime arte. Todo esto puede parecer infantil; pero lo cierto es que muchas ideas elevadas y muchas generosas aspiraciones,

surgieron en nosotros al calor del entusiasmo por nuestros artistas favoritos.

VII

Todos los veranos íbamos fuera á acampar á Peterkof, con las demás escuelas militares del distrito de San Petersburgo. En general, nuestra vida allí era muy agradable, é indudablemente muy provechosa para nuestra salud: dormíamos en espaciosas tiendas, nos bañábamos en el mar, y pasábamos una gran parte de tiempo, durante las seis semanas, en ejercicios al aire libre.

En las escuelas militares el objeto principal de la vida de campamento era evidentemente el ejercicio militar, cosa que todos detestábamos sobremanera, pero cuya monotonía se interrumpía en ocasiones, haciéndonos tomar parte en maniobras de campaña. Una noche, cuando nos íbamos á costar, Alejandro II puso en alarma á todo el campamento, haciendo tocar llamada. A los pocos minutos todos estaban sobre las armas; varios miles de muchachos reunidos en torno á sus banderas, mientras que, los cañones de la escuela de artillería tronaban en el silencio de la noche. Todo el elemento militar de Peterskof vino á galope al campamento; pero debido á alguna mala inteligencia, el emperador permanecía á pie. Se corrieron órdenes en todas direc-

ciones para proporcionarle un caballo, pero no se encontraba ninguno; pues no siendo buen jinete, no quería montar más caballo que los suyos. Esto le irritó en alto grado, y pronto dió rienda suelta á su cólera. «¡Imbécil! (*durák*), ¿acaso no tengo más que un caballo?»—le oí decir á un ayudante que le había manifestado hallarse su caballo en otro campamento.

Con las nebruras de la noche, el estampido del cañón y el estruendo de la caballería, nosotros los muchachos nos excitamos mucho, y cuando Alejandro ordenó una carga, nuestra columna cargó en línea recta hacia donde él estaba. Estrechamente unidos en las filas y con las bayonetas bajas, debíamos tener un aspecto imponente; y vi al emperador, que aún estaba á pie, dejar el paso franco á la columna en tres formidables saltos. Entonces comprendí lo que representa una fuerza armada que ataca en columna cerrada bajo la excitación de la música y de la marcha misma. Allí estaba ante nosotros el emperador, nuestro jefe, á quien todos venerábamos; y, sin embargo, creo que en esta masa en movimiento ningún paje ó cadete se hubiera apartado ni una línea, ó detenido, para dejarle espacio. Eramos una fuerza en marcha, mientras que él representaba un obstáculo, y la columna lo hubiera arrollado seguramente. «¿Por qué se había de encontrar en nuestro camino?»—dijeron los pajes después.— En tales casos, los

jóvenes, con un rifle en la mano, son aún más terribles que los soldados viejos.

Al año siguiente, cuando tomamos parte en las grandes maniobras de la guarnición de San Petersburgo, vi algo de lo que, hasta cierto punto, es una acción de guerra. Durante dos días consecutivos no hicimos más que marchar arriba y abajo en un espacio como de treinta y cinco kilómetros, sin tener la menor idea de lo que ocurría á nuestro alrededor, ó por qué motivo marchábamos. El cañón tronaba, unas veces cerca de nosotros y otras muy lejos; un vivo fuego de fusilería se oía por ciertas partes del cerro y del bosque; los ayudantes de órdenes corrían en todas direcciones, mandando unas veces avanzar y otras retroceder; y nosotros marchábamos, marchábamos y marchábamos, sin encontrar sentido á estos movimientos encontrados. Masas de caballería habían pasado por un mismo camino, dejándolo convertido en un lecho de arena movediza, y nosotros tuvimos que avanzar y retroceder varias veces por el mismo terreno, hasta que, al fin, nuestra columna se desmoralizó, pareciendo más bien una masa incoherente de peregrinos que una fuerza militar. Sólo la escolta de la bandera seguía por la carretera; los restantes caminaban lentamente á ambos lados de aquélla por el bosque. Las órdenes y las sú- plicas de los oficiales resultaban ineficaces.

De repente se oyó á la espalda una voz que

decía: «¡El emperador viene! ¡El emperador!» Los oficiales corrieron de un lado para otro rogándonos que formáramos en filas; pero nadie les hizo caso.

Al fin llegó el emperador, y una vez más ordenó una retirada. «¡Media vuelta á la derecha!», gritó la voz de mando. «El emperador está detrás de nosotros; tened á bien volver», murmuraron los oficiales; pero el batallón hizo tan poco caso de la orden como de la presencia del emperador. Afortunadamente, Alejandro II no era fanático por el militarismo, y después de pronunciar algunas palabras para animarnos, prometiéndonos descansar, se fué al galope.

Entonces comprendí la importancia que tiene en las funciones de guerra el estado moral de las tropas y lo poco que se puede conseguir no empleando más que la disciplina cuando se le pide al soldado que haga más de lo natural. ¡Qué puede conseguir aquélla cuando las tropas, ya cansadas, tienen que hacer un esfuerzo supremo para llegar al campo de batalla á una hora convenida! Nada absolutamente; sólo el entusiasmo y la confianza en sí mismo puede en tales momentos conducir al soldado á realizar «lo imposible», y esto es precisamente lo que de continuo ha de hacer para asegurar el triunfo. ¡Cuántas veces traje á la memoria, más tarde en Siberia, tan provechosa lección, cuando nosotros también teníamos que llevar á cabo «lo

imposible» durante nuestra expedición científica!

*
**

Sin embargo, comparativamente, no era mucho el tiempo que dedicábamos, durante nuestra estancia en el campamento, á ejercicios y maniobras militares. Una buena parte de él se empleaba en un trabajo práctico de levantar planos y hacer fortificaciones. Después de algunos ejercicios preliminares, se nos daba una brújula de reflexión y se nos decía: «Id y levantad un plano, bien sea de este lago, de esos caminos ó de aquel parque, midiendo los ángulos con aquélla y la distancia á pasos.» De mañana, tras de un almuerzo precipitado, el alumno llenaba sus espaciosos bolsillos militares con rebanadas de pan de centeno y se iba por cuatro ó cinco horas al parque, dejando kilómetros atrás, topografiando con su brújula y sus pasos los hermosos senderos sombreados por los árboles, los riachuelos y los lagos. Después se comparaba su trabajo con mapas muy correctos, dándose premios de instrumentos de óptica ó de dibujo, según la elección del interesado. Para mí, esta ocupación era una fuente inagotable de placeres. La independencia del trabajo, el aislamiento bajo esos gigantes del bosque que contaban siglos de existencia; la vida en la floresta, que podía disfrutar sin que me molestaran, unido al

interés que el trabajo inspiraba, todo esto dejó profunda huella en mi espíritu, y cuando me convertí en explorador de Siberia, y muchos de mis compañeros lo fueron del Asia Central, se encontró que estos trabajos habían sido una excelente preparación.

Finalmente, en la última clase se formaban grupos de cuatro alumnos que se llevaban un día sí y otro no á algunas aldeas situadas á larga distancia del campamento, y allí tenían que medir detalladamente varias millas cuadradas, con ayuda de la tabla del agrimensor y los necesarios aparatos. Y oficiales del cuerpo venían de vez en cuando á revisar sus trabajos y hacerles indicaciones. Esta vida, entre los campesinos, en la aldea, produjo el mejor efecto en el desarrollo intelectual y moral de los alumnos.

Al mismo tiempo nos ejercitábamos en la construcción de secciones transversales de fortificación de proporciones corrientes. Acompañados por un oficial íbamos al campo, y allí teníamos que hacer el perfil de un bastión ó de una cabeza de puente complicada, clavando listones á postes, exactamente del mismo modo que lo hacen los ingenieros de ferrocarriles al trazar la vía. Cuando llegamos á las troneras y barbetas, necesitábamos calcular mucho, á fin de obtener la inclinación de los distintos planos, después de lo cual dejó de ofrecer dificultades el conocimiento de la geometría.

Ese trabajo nos deleitaba, y una vez de vuelta en la población, al encontrar en nuestro jardín un poco de barro y greda nos pusimos á edificar una verdadera fortificación en una escalera reducida, con troneras y barbetas rectas y oblicuas bien calculadas. Todo se había hecho con esmero, y lo que ahora ambicionábamos era obtener alguna madera para hacer las plataformas para los cañones, y poder colocar sobre ellas los que nos servían de modelos en la clase. Pero, ¡ay!, que nuestros pantalones tomaron un aspecto alarmante. «¿Qué hacéis ahí?», exclamó nuestro capitán. «¡Mirad cómo estáis! ¡Parecéis obreros! (lo que precisamente nos servía de satisfacción). ¡Qué diría el gran duque si viniera y os encontrara en semejante estado!»

«Le enseñaríamos nuestra fortificación y le pediríamos herramientas y madera para las plataformas.»

Todas las protestas fueron vanas; doce trabajadores vinieron al siguiente día á llevarse nuestra hermosa obra, como si se tratara de un montón de basura.

Menciono esto para demostrar cuánto desean los niños y los jóvenes poder poner en práctica lo que han aprendido en la escuela de un modo abstracto, y qué estúpidos son los maestros que no alcanzan á ver la ayuda tan poderosa que podrían hallar en esta dirección, contribuyendo á que sus discípulos se hicieran cargo del verda-

dero sentido de lo que aprenden. En nuestro colegio todo tendía á educarnos para la guerra; sin embargo, nosotros hubiéramos trabajado con igual entusiasmo en tender una línea férrea, en edificar una barraca ó en cultivar un jardín ó un campo. Pero todas estas aspiraciones de los niños y de los muchachos á un trabajo *verdadero* son perdidas, sencillamente porque nuestra idea de la escuela es todavía la del escolasticismo y el monasterio medioevales.

VIII

Los años 1857-61 lo fueron de prosperidad para la fuerzas intelectuales rusas; todo lo que se había murmurado al oído en los últimos diez años, con la reserva propia de las reuniones puramente de amigos, por la generación representada en la literatura rusa por Turgueneff, Tolstoi, Hérzen, Bakunin, Ogarioff, Kavinin, Dostoyusky, Grigorovich, Ostrousky y Nekrosov, empezaba ahora á darse á conocer por la prensa. La censura era todavía muy severa; pero lo que no se podía decir abiertamente en el artículo de fondo se deslizaba en forma de novela, relatos humorísticos ó comentarios velados sobre acontecimientos de la Europa occidental; y todos leían entre líneas y se hacían cargo de lo que se trataba.